



"Un viajero molesto, dibujo de S. Begg."
1896, n.º 736, p. 117.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin llegar al extremo a que llegaba un señor — muy pesimista y enemigo de los tiempos presentes — según el cual todo lo que llamamos civilización no es sino apariencia y cascarilla, declaremos que muchas cosas de cascarilla hay en ella, y sólo tienen de realidad el dinero que cuestan y la complicación que introducen. Una de estas cosas aparentes tanto como reales, por lo menos, es el *sleeping-car*: o (para que no se enoje ningún purista) el coche cama de los trenes.

Mientras las mujeres se obstinaron en negarse a viajar solas, yo me resistí al *sleeping*.

En efecto, el «reservado de señoras» iba siempre vacío, y era infinitamente más cómodo que la reducida, ahogada y siempre demasiado aprovechada *cabine*. Pero cayeron al fin las señoras en que no las comía el coco aunque fuesen solitas; se atestó también el reservado, y no hubo más remedio, en el largo viaje a Galicia, que apechugar con el coche cama, so pena de ir una noche entera derechos como postes y cabeceando.

* *

El primer absurdo, en el coche cama, es empeñar-se las Compañías (las de todo el mundo, porque esos *cars*, si no me equivoco, son internacionales) en que lleven dobles lechos: uno al nivel del suelo y uno en el aire. Para subir a este segundo, hay que ser un poco gimnasta, amén de muy delgado y ligero de carnes; se hace uso de una escalera de peldaños estrechísimos y sin solidez, y ya arriba, se está preso como en un estuche, a menos que se repita el acrobatismo.

Las camas del tren cuestan caras. Debieran ser comodísimas. Hay una que no lo es, de fiyo. Y, anomalía: lo mismo se paga por la incómoda, que por la cómoda.

Algunas de las *cabines* (¿por qué no todas?) llevan su lavabo, encerrado en un cuchitril, tamaño como un pañuelo. Sin embargo, el viajero se alegra al leer en los grifos *Froide-Chaude*. Da vuelta al segundo, deseo de lavarse siquiera las manos... Aquí de la cascarilla.

Jamás, ni por caso, sale caliente el agua de ningún grifo. Frías están las dos. ¿No era más corto y más franco no hacer suponer que en el tren se da agua caliente?

¡Y gracias si al menos la fría corre en un chorrito! Porque son frecuentes los casos en que el lavabo resulta una cosa decorativa, digámoslo así, o un refinamiento tantístico, para que os acordéis de que tenéis contraída la necesidad de lavaros (reprobable si se quiere) y que no la podéis satisfacer.

* *

Otra ilusión, las comidas en el *restaurant* que el tren lleva consigo, si lo lleva... Desde luego aconsejo a los que quieran aprovechar este confort, que se apunten para la primera tanda de comilonos, porque en la segunda todo estará revuelto, engrasado y destable, el pescado se habrá concluido, y el hielo igual. Luego, que sean equilibristas, porque he observado que se elige cuidadosamente, para dar la comida, el trayecto en que el tren lleva mayor velo-

cidad. Ya he advertido que estos males son de todas partes, y recordaré el artículo incluso en *Cuarenta días en la Exposición*, y titulado *De San Sebastián a París en barco de vapor*. En él describía aquella marcha loca, al abismo, del Sud exprés saltando sobre los rieles, dando tumbos, mientras los viajeros, sentados a la mesa (no en la mesa, como dice mucha gente) recibían en la cara el contenido de una cubeta llena de trozos de hielo, o la proyección del te hirviente, o veían rodar al suelo la botella de Apolinaris... Poco después de mi artículo, publicado en *El Imparcial*, ocurría la catástrofe del Sud exprés, que yo, sin necesidad de profetizar, había anunciado. Porque hay habas que se cuecen en todas partes, aunque asombre que en un país como Francia se lleve un tren a semejantes velocidades, por una vía deshecha.

* *

Entre las contingencias de la *cabine*, he omitido la de encontrarse en la mayor intimidad posible con una persona a quien no se conoce, y que en uso de su derecho la comparte con otra. Esto ya pasa de la raya, en cuanto a molestia. Calculo que aquel a quien le suceda, mal podrá conciliar el sueño. No es asunto de moral, pues hay *cabines* para señoras, y en tal respecto no existe riesgo alguno; pero, descartado este aspecto de la cuestión, siempre quedará el otro; o no se aprovecha la cama, o se respira el aliento y se está en íntima conexión con gente desconocida.

Se me dirá, y reconoceré la fuerza de la objeción, que todo esto es pedir gollerías, y que rememore los tiempos de las galeras aceleradas y de las sillas de posta y diligencias.

Yo las galeras y las sillas de posta no las he alcanzado: sé por tradición que se hacía testamento antes de emprender caminata. Las diligencias las padecí en mi juventud, y realmente estremece pensar cómo se iba. Claro es que, comparánd, confesamos que lo de hoy es gloria.

Pero, con este argumento, demostraríamos tanto, que no demostraríamos nada. ¿Se queja usted del acetileno, del telégrafo, del teléfono, de los tranvías, de los desinfectantes, del tobogán, del cine? ¿Preferiría usted el candil, el mandadero, la calesa, los microbios, el húngaro con el oso o la mona? Claro que no.

* *

Pero el progreso nace justamente de esta inquietud del mejor estar, de este anhelo continuo de hacer más grata la vida. De los servicios que uno necesita, nace la ganancia de otro que los ofrece. Así, en el coche cama hay, y esto es muy ventajoso, un criado siempre a disposición, ese *contrôleur* a quien no hallo nombre castizo, porque la terminología de los coches camas, que nos pese o no, es extranjera y carece de equivalente, por lo general, en nuestro idioma.

El *contrôleur*, pues, facilita mil cosas: os coloca las maletas en la rejilla, os las baja cuando lo habéis menester, os trae un vaso de agua, el desayuno de café con leche, os prepara la cama, os dice en qué estación estáis, cuánto falta para tal o cual punto, etc. Todo ello será de poca monta, pero ayuda a conllevar las molestias del viaje.

En cambio, a este empleado se le da una regular propina. Puede sin gran dificultad el *contrôleur* sacar sus ocho o nueve duros en un viaje de quince o veinte horas. De una *cabine* no saca menos de un duro. Es un empleo productivo, y supongo que la Compañía (como suelen hacer los dueños de cafés y fondas) se ahorra ese sueldo. Probablemente jugarán recomendaciones y funcionarán palancas para obtener un destineté tan fructuoso.

Esperemos que llegue un día en que al viajar se tenga medio de lavarse y hasta baño. Dicen los que entienden de estas cosas de mecánica y física, que sería muy fácil todo ello en el tren. Hay, eso sí, el problema pavoroso de la tracción. Aumentar en el tren peso inútil, o menos útil, o no indispensable, es acrecer el gasto improductivo. Y le tapan a uno la boca con la lógica de los negocios, con la fuerza incontestable de los números.

De todos modos, nunca lograrán convencerme de que si un grifo lleva el rótulo de «agua caliente» deba salir por él agua fría o no salir ninguna.

* *

Hay una manera de evitar el tren y sus molestias, que no son flojas: este medio es hacer el viaje en automóvil.

Por mí, lo juzgo el más grato. Nunca he dado su-

ma importancia a la rapidez de los viajes: claro es que, en automóvil, como se ha de tomar algún descanso, no se irá tan aprisa como en tren, contando además con que el que en automóvil quiere ir aprisa, lo consigue y se hace polvo.

El automóvil es encantador, andando despacio. Lo miro desde mi punto de vista, considerando las ciudades y pueblos que se atraviesan y en los cuales es gustoso pararse un poco, sea a ver una iglesia antigua o un castillo histórico, sea a almorzar sosegadamente en un mesón, donde (diga lo que diga Alejandro Dumas de las comidas españolas) se pueden saborear manjares humildes, pero generalmente limpios y genuinos, con harto más reposo y gusto que los guisos híbridos del tren, entre brincos y sustos, habiendo de sujetar con la mano las botellas para que no rueden...

* *

Suele ser apetitosa la comida de mesones y posadas pueblerinas. Os traen unas servilletas gordas, pero blancas; unos vidrios recios, en que el verdadero cristal es el agua; algún embuchado del país, tal cual perdiz recién cazada; y si receláis del aceite os queda el recurso de pedir huevos pasados, o jamón crudo. Hecha la refacción salis, con paso animoso, a visitar un monumento, a conocer un rincón interesante de España.

Milagro será si ya no os acompañan el señor cura, el señor juez, el farmacéutico y el duende del lugar; yo llamo así a esos señores enterados que no faltan nunca en pueblo alguno y que se lo saben de memoria, y detallan perfectamente, con erudición minuciosa, cuanto de él se ha escrito y cuanto la tradición susurra. Es cierto que no saben nada más, de cosa alguna; pero en cambio, la especial papeleta que tienen dominada, la explican con notable precisión y hasta colorido dramático. Por un instante (si poseéis una imaginación excitable y que sabe adaptarse a la belleza del momento) olvidáis que existe más mundo que aquél. Reviven para vosotros los paladines que ya son ceniza y las damas cuyos huesos se deshacen en calizo polvo; veis pasar la comitiva de los reyes, y galopar los jinetes moros, llevando en sus alquiceles blancos manchas de cristiana sangre; de las piedras carcomidas, como mordidas por el sol, emana un filtro, que os cautiva; suponéis que en vuestra presencia se desarrollan los sucesos trágicos y sombríos, o grotescos y familiares del ayer...

A la verdad, lo de hoy, en tales pueblos, ¿qué significa? Es lo pasado lo que os parece presente, vivo, palpante. Y esta magia dura el tiempo que tarda el automóvil en volver a exhalar su mugido ronco y en armar su traqueteo de fiera cautiva que bufa y trepida amenazante...

Se acabó el prestigio; se desvaneció la visión extraña que os retrotrajo a lo que no volverá... La vida moderna os reclama, y continuáis el viaje; pero os lleváis una honda impresión..., tal vez lo único duradero, porque es subjetivo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.